

Samuel W. Cozzens

UN PAÍS MARAVILLOSO

TRES AÑOS EN ARIZONA Y NUEVO MÉXICO,
TIERRA DE LOS APACHES

Traducción y notas de Sonia Fernández Ordás



EDICIONES DEL VIENTO

Título original: *The Marvellous Country; Three years in Arizona and
New Mexico, The Apaches' home*
Traducción: Sonia Fernández Ordás

© Ediciones del Viento, 2011
© Traducción, Sonia Fernández Ordás, 2011

EDICIONES DEL VIENTO S.L.
Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña
Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.es
www.edicionesdelviento.es

Diseño gráfico: David Carballal

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96964-83-9

Depósito legal:

Impresión: Gráficas Zamart

Impreso en España / Printed in Spain

Índice

Prefacio	11
Capítulo I	13
Capítulo II	21
Capítulo III	25
Capítulo IV	33
Capítulo V	43
Capítulo VI	53
Capítulo VII	63
Capítulo VIII	75
Capítulo IX	83
Capítulo X	95
Capítulo XI	109
Capítulo XII	115
Capítulo XIII	123
Capítulo XIV	135
Capítulo XV	149
Capítulo XVI	159
Capítulo XVII	179
Capítulo XVIII	189
Capítulo XIX	197

Capítulo xx	205
Capítulo XXI	213
Capítulo XXII	223
Capítulo XXIII	233
Capítulo XXIV	243
Capítulo xxv	259
Capítulo xxvi	279
Capítulo xxvii	291
Capítulo xxviii	305
Capítulo xxix	319
Capítulo xxx	333
Capítulo xxxi	345
Notas sobre las transcripciones	361

Una descripción de esta hermosa tierra, sus inmensos recursos minerales, sus majestuosos paisajes de montaña, las ruinas de antiguos asentamientos y las ciudades que se edificaron sobre ellas, una historia completa de la tribu apache y una descripción del guía del autor, Cochise, el gran jefe apache, todo ello intercalado con la narración de extraños incidentes y aventuras,

Por Samuel Woodworth Cozzens.

Este volumen está afectuosamente dedicado a M. L. M., cuyas amables palabras de aliento y apoyo me han animado a publicar estas páginas.

Prefacio

Este libro dará a conocer al lector la sorprendente y fascinante historia de un maravilloso territorio de nuestro propio país. Está extraída del diario de un viajero, sin pretensiones de alcanzar ningún mérito literario en especial, pero se presenta al público con la confianza de que quien lea estas páginas encontrará mucha información nueva para él, tan entrelazada con las aventuras y peripecias del viaje, que su lectura resultará tan amena como instructiva.

El autor.

Capítulo I

I492 anunció a la humanidad la extraordinaria noticia de que un nuevo mundo había sido descubierto; desde entonces, esta posterior revelación divina ha aportado al investigador nuevos prodigios de belleza, nuevas manifestaciones de esplendor, nuevos filones de riqueza; y ninguna región de nuestros vastos dominios puede ser más merecedora de estas consideraciones que el Territorio de Arizona.

Es bien sabido que cuando veintidós años después Hernán Cortés concluyó la conquista de México, descubrió que los aztecas poseían inmensas cantidades de oro, plata y piedras preciosas. Tan fabulosa era la magnitud de este tesoro que los españoles creyeron que por fin habían descubierto “El Dorado” de sus sueños, y ofrecieron a Moctezuma y sus *caciques*¹ todo tipo de incentivos para lograr que revelaran la fuente secreta de donde obtenían tantas riquezas. Sin embargo, ni las más tentadoras promesas dieron resultado. La respuesta de Moctezuma era siempre la misma: “Del noroeste”. Espoleado por el espíritu de la osadía, del que había dado muestras en muy distintas ocasiones, la siguiente maniobra de Cortés fue ciertamente temeraria. Concibió un plan para obtener mediante argucias la información que no había conseguido averiguar con métodos más dignos. Tras convencer al emperador para que le visitase en el antiguo palacio que había sido residencia de Azayacatl, padre de Moctezuma, ahora convertido en

1. En el original en español (nota de la traductora).

cuartel general de los españoles, lo apresó y le cargó de cadenas, reteniéndolo en la cárcel durante casi seis meses. Pero incluso esta audaz actuación fracasó en su propósito, pues la respuesta a la machacona pregunta siguió siendo siempre la misma: “Del noroeste”, con la única información adicional de que el tesoro provenía de un país llamado Cíbola que se encontraba lejos y fuera de los límites del imperio de Moctezuma. Ni las promesas ni las amenazas consiguieron que revelase nada más, y finalmente Cortés se vio obligado de mala gana a dar por ciertas estas afirmaciones.

El conquistador español se afanó entonces en preparar una expedición que visitara el país de Cíbola; y aunque apenas podía permitirse el lujo de prescindir de uno solo de sus hombres, veinte de los más dignos de confianza de su camarilla fueron seleccionados para emprender el viaje hacia el nuevo descubrimiento, capitaneados por un tal Francisco de Lugo² y acompañados por casi un millar de indios tlaxcaltecas que se había asegurado como aliados. Esta expedición, al igual que las otras dos que la sucedieron, nunca regresó, y su verdadero destino es una de las muchas incógnitas que el tiempo no ha conseguido resolver referentes a la historia de los conquistadores. La información más fiable que se ha podido obtener demuestra con bastante exactitud que el actual Territorio de Arizona abarcaba una gran superficie del país conocida en aquel tiempo como Reino de Cíbola, que se extendía hacia el sur comprendiendo los actuales estados mexicanos de Chihuahua y Sonora, y que era en realidad la tierra de donde provenía la mayor parte del codiciado tesoro de Moctezuma.

De las razas que originalmente poblaron México no existen testimonios escritos. Sabemos que a los indios toltecas les sucedieron los chichimecas alrededor de 1070, quienes a su vez fueron relevados por los mexicanos, o aztecas, sobre el año 1170. La única información que podemos conseguir sobre estas destacadas etnias es la que encontramos en las leyendas tradicionales de sus descendientes; y por ellas sabemos

2. Francisco de Lugo, hijo bastardo del señor de Foncastín (Valladolid). Amigo de Hernán Cortés, sobresalió en la conquista de Tabasco y en las acciones que dieron como resultado la toma de la capital mexicana. (n. de la t.)

que ya en el año 1325 los aztecas fundaron a orillas del lago Tezcuco la gran ciudad de Tenochtitlán, conocida en nuestros días como Ciudad de México.

Estos datos están recogidos en un ejemplar de la *Crónica de la Nueva España*, publicada en Medina, España, en 1553 y escrita por un tal Francisco López de Gómara³, que afirmaba contar la verdadera historia del pueblo azteca desde la fundación de la ciudad de México hasta aquellos tiempos.

Años después, Bernal Díaz⁴, un soldado retirado que había formado parte de la expedición de Cortés, y su principal y único cronista fiable, escribió un volumen en el que se ocupaba del mismo asunto que había tratado Gómara. Las obras de estos dos autores son la que nos proporcionan la mayor parte de la información que existe sobre este gran pueblo y su célebre civilización. Fue el Territorio de Arizona el elegido por Marco de Niza⁵ para sus investigaciones ya en 1535; y Vázquez de Coronado⁶ organizó su gran expedición en 1540 precisamente con el objetivo de averiguar la veracidad de las fabulosas historias que había relatado Niza sobre las riquezas del país. Sin embargo, hasta 1658⁷ no

3. Francisco López de Gómara (1511-1566): sacerdote, humanista e historiador español. Fue capellán de Hernán Cortés en la campaña de Argel y, autor de *Historia general de la Indias y de la Conquista de México* (1552) entre otras obras, a pesar de que nunca viajó a América. (n. de la t.)

4. Bernal Díaz del Castillo (1496-1584): conquistador y cronista natural de Medina del Campo. Escribió ya en su vejez la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1575), narrando sus campañas en un tono épico. (n. de la t.)

5. Fray Marcos de Niza (c.1495-1558), franciscano nacido probablemente en Niza, entonces bajo el dominio de la Casa de Saboya. Fue a América en 1531 y se le encomendó inspeccionar la región de Sonora. En 1539 (no coincide con la fecha aportada por S. W. Cozzens, aunque más adelante sí da la fecha correcta) salió de Culiacán, cruzó el sureste de Arizona, se internó en territorio zuñi o de las Siete Ciudades de Cibola, y meses más tarde regresó a Culiacán. Sólo avistó Cibola a lo lejos, aunque su descripción, casi exacta a la de Ciudad de México, parecía acertada. Su crónica provocó la expedición de Coronado el año siguiente. Al no encontrar las riquezas de las que hablaba Niza, éste cayó en desgracia. (n. de la t.)

6. Francisco Vázquez de Coronado (1510-1554): conquistador natural de Salamanca. En 1538 fue nombrado gobernador de Nueva Galicia, donde ayudó a sufragar la expedición de fray Marcos de Niza. En 1540 encabezó la gran expedición a Cibola. (n. de la t.)

7. S. W. Cozzens aporta una fecha equivocada; el padre Kino nació en 1645, con lo cual en 1658 contaba sólo con trece años. Los historiadores sitúan la fecha de su primera expedición en 1687. Las fechas que el autor menciona posteriormente toman como referencia la de 1658, y por tanto no podemos considerarlas correctas. (n. de la t.)

volvió a organizarse ninguna otra expedición de la que haya quedado constancia escrita. En el monasterio de los Dolores de Zacatecas hay antiguos registros y pergaminos que atestiguan que aquel mismo año un jesuita llamado Eusebio Francisco Kino⁸ se puso en marcha movido únicamente por motivos religiosos, decidido a visitar y explorar en nombre de la iglesia, el país que durante tantos años había llenado las arcas españolas con tanta abundancia de sus riquezas nativas. Solo y por su cuenta, este valiente sacerdote partió de la misión de Nuestra Señora de los Dolores sin saber muy bien hacia dónde, con la cruz como única protección y el desierto que tenía que cruzar como única fuente de abastecimiento. Sin rendirse a pesar de las durísimas dificultades que encontró, logró llegar hasta un río, supuestamente en Santa Cruz, en lo que es actualmente la provincia de Sonora. Siguió el cauce del río hasta alcanzar el punto en que sus aguas confluyen con las del Gila. Luego descendió siguiendo el curso del Gila, explorando el territorio durante su viaje como buenamente pudo. Cruzando el Gila cerca de su desembocadura, volvió sobre sus pasos y remontó su curso por la orilla norte, atravesando el país más hermoso jamás contemplado por ojos humanos.

Descubrió que estaba habitado por un pueblo amable, generoso y extremadamente acogedor, cuya clase acomodada vivía en casas de adobe, mientras que los de rango inferior construían casas con maderos clavados en el suelo y atados por su parte superior con cuerdas fabricadas con las fibrosas hojas del *maguey*⁹, colocando haces de hierba a modo de tejado. Estas casas, según afirma, eran cómodas y estaban bien construidas. Describe que las ciudades estaban situadas a las orillas de los ríos y sobre lomas de cumbre plana, generalmente bien preparadas para su defensa. Cuenta que la población es numerosa

8. Padre Eusebio Francisco Kino (1645-1711), sacerdote jesuita italiano. En 1678 viajó a España, y dos años después a América. Contribuyó a la evangelización de Baja California, Arizona, México y Nuevo México. Fundó varias misiones, realizó numerosos y arriesgados viajes de reconocimiento y evangelización y se convirtió en un personaje casi legendario. Hasta su muerte en 1711 viajó fundando misiones, tomando apuntes y buscando nuevas rutas. En mayo de 2006 comenzó su proceso de beatificación. (n. de la t.)

9. En el original en español. (n. de la t.)

y los asentamientos se extienden desde un río hasta otro, y que sus habitantes son de costumbres frugales, trabajadores y tranquilos. Con las hojas del maguey, que crece abundantemente por todo el territorio, fabrican una especie de tela de algodón. Asegura que son expertos en elaborar las más hermosas artesanías con plumas, que coloreaban con tintes, tanto vegetales como minerales, que ellos mismos fabricaban. También eran expertos en el arte de la escritura pictográfica, que practicaban frecuentemente sobre las paredes de sus hogares, y también sobre las de sus *estufas*¹⁰ o edificios públicos, que estaban muy bien rematados con un acabado pulido, donde se guardaba un registro de los hechos más destacados de su historia. Utilizaban una especie de papel hecho del algodón anteriormente mencionado, preparado con una capa de resina; también tenían pieles muy trabajadas y un material parecido al papiro egipcio.

Vio hermosas piezas de alfarería, así como utensilios y vasijas fabricados de oro y plata, que poseían en gran cantidad. Cuenta que algunas de ellas mostraban un exquisito diseño y una refinada labor de artesanía, fabricadas con herramientas moldeadas a partir de una aleación de cobre y estaño, que extraían de abundantes minas situadas en las montañas circundantes. Tenían terrenos de regadío¹¹ donde cultivaban maíz, judías y cacao, con cuyas bayas hacían una deliciosa bebida que llamaban *chocotatl*. También extraían de los tallos del maíz una sustancia azucarada con la que fabricaban un sabroso edulcorante. Nos habla de un licor hecho con el jugo fermentado del maguey, o aloe mexicano, cuyos efectos eran extraordinariamente singulares. El aprovechamiento de esta planta es verdaderamente asombroso, pues provee a los nativos de agujas, alfileres, papel, cuerda, tela, techumbre para sus casas, comida y bebida¹².

El padre Kino califica de inmensos sus rebaños y manadas, aunque no tenían caballos ni ganado para carne o de tiro, y dice que tenían ciertos conocimientos de minería, no sólo sobre la explotación a cielo

10. En el original en español. (n. de la t.)

11. El regadío aún se practica hoy en día en este territorio (nota del autor).

12. Hasta nuestros días, los nativos de Arizona, así como los de México, siguen utilizando esta planta para casi todos los usos que le daban los aztecas, si no todos. (n. del a.).

abierto, sino también sobre la extracción del mineral que encontraban en las vetas que abrían en la roca, sacando grandes cantidades de oro y plata, a los que parecían dar únicamente el valor de contribuir a su bienestar al convertirlos en utensilios u objetos decorativos.

En cuanto a su religión, cuenta que adoraban al sol, al que consideraban su dios, y mantenían una llama encendida en sus altares que nunca dejaban apagarse, ya que esta gente sencilla creía que a este hecho se debían la seguridad y la felicidad que disfrutaban como nación.

En resumen, los encontró muy similares en cuanto a su modo de vida y su aspecto físico a los aztecas descritos por Gómara y Díaz, diferenciándose únicamente en su conducta pacífica y su repulsa por las contiendas armadas. Durante su viaje, el padre Kino llegó a la ladera sur de la Montaña de Fuego¹³ atravesando una parte del Bosque Negro en dirección nordeste, donde, tras muchas dificultades y fatigosas jornadas de viaje, alcanzó el nacimiento del río Mimbres. Siguió su curso hasta que de pronto sus aguas desaparecieron bajo tierra. Tras describir la estupefacción con la que vio cómo ese vasto caudal parecía desaparecer ante sus propios ojos, dice: “Pero no debo sorprenderme de nada de lo que vea, pues es éste un país lleno de elementos extraños y prodigiosos, que atesora más maravillas de las que podría describir aunque dedicara un año entero a hacerlo”.

Después de haber pasado varios meses en esa zona del país intentando en vano convertir a sus gentes a la religión que predicaba, decidió finalmente volver sobre sus pasos. Empezando el fatigoso viaje de vuelta a casa, volvió a atravesar el mismo territorio que tanto le había gustado, sólo para reafirmarse más que nunca en su determinación de clavar la cruz allí e instruir a sus habitantes en la doctrina de la iglesia católica. Tras una ausencia de más de cuatro años, el padre Kino volvió a encontrarse de nuevo en el monasterio desde donde había partido hacia su arriesgada empresa, firmemente decidido a conseguir la colaboración y solidaridad de la iglesia para poder volver allí y, en nombre de la cruz, tomar posesión de aquel territorio que había atravesado. Esta determinación exigió la necesidad de realizar un

13. Supuestamente la montaña de San Francisco (n. del a.).

viaje a la ciudad de México, donde se proponía exponer sus planes ante las autoridades eclesiásticas. Entusiasmado al pensar en la belleza del país, en su inmensa riqueza mineral y en sus trabajadores y pacíficos habitantes, su elocuencia no tardó en vencer cualquier pequeño obstáculo que se le presentó, y en breve recibió la autorización necesaria que posibilitaba su regreso con la finalidad de civilizar y cristianizar a aquellos civilizados paganos del siglo XVII. Sin embargo, surgieron retrasos que no pudieron evitarse, y no fue hasta siete años más tarde, en 1665, cuando finalmente logró ultimar todos los preparativos finales y necesarios para regresar y predicar el evangelio entre las sencillas gentes de Cíbola.

Ya bien avanzado el año 1670, y en compañía de otros tres jesuitas, emprendieron su misión atravesando las tierras vírgenes. Sobre su largo viaje, los apuros que pudieron pasar por el camino, las pruebas y trances que encontraron o las dificultades que se les presentaron, no existe constancia escrita; sólo sabemos que llegaron al río Gila en 1672, y allí procedieron a fundar una misión entre los indios yaquis. Desde ese momento y hasta 1679, fundaron no menos de cinco misiones entre los yaquis, los opotos y los papagos, situadas en hermosos valles donde abundaban ricos tesoros de piedras preciosas, mientras que los picos cubiertos de nieve de las montañas que los rodeaban encerraban en su interior enormes acopios de oro, plata y cobre.

No fue difícil convencer a los nativos, dada su naturaleza humilde y solícita, para que trabajasen en la construcción de los edificios que allí se erigieron, contribuyendo así a forjar las cadenas que de manera tan eficaz habrían de dejarles impotentes para defenderse de los ataques de los enemigos de más allá de los límites de su territorio, a quienes la codicia de los sacerdotes les tentaría a invadir. Obedientes ante los deseos y las órdenes de los jesuitas, los nativos fueron convencidos para aventurarse a traspasar sus límites, provocando con ello la hostilidad de una poderosa tribu de indios que habitaban el territorio adyacente al suyo situado al norte. El espíritu aventurero de los españoles, así como su avaricia, se puso de manifiesto con tal intensidad que incitó a los apaches a resistir y a querer castigar a los invasores.

Samuel W. Cozzens

Sin embargo, no fue hasta 1680 cuando los apaches dieron muestras de manifiestas intenciones hostiles, pero en ese momento atacaron los asentamientos españoles en número tan aplastante que los intentos por resistir fueron inútiles y los misioneros se vieron obligados a huir para salvar sus vidas. Reuniendo todo el botín que fueron capaces de llevar consigo, abandonaron sus misiones, dejando a los nativos luchando solos en una contienda tan desigual y sufriendo las consecuencias de lo que la codicia de los españoles fue responsable de provocar de manera tan cobarde. Éstos intentaron regresar una y otra vez, resistiéndose obstinadamente a abandonar la rica cosecha de oro y plata que recibían anualmente de los confiados nativos, con quienes seguían manteniendo relaciones cordiales y que seguían siendo aliados de los hombres que les habían hablado de su Dios y les habían enseñado que podían dejar que se apagase la llama eterna que habían mantenido sobre sus altares durante generaciones dedicada a un dios desconocido.

Cada vez que los misioneros volvían y eran atacados, los nativos corrían a defenderlos; pero la guerra continua mantenida por los apaches pronto destruyó muchos de sus hermosos pueblos y ciudades, devastando completamente los asentamientos más florecientes, masacrando a sus habitantes, y consecuentemente, en última instancia, forzando a los jesuitas a abandonar sus misiones y buscar refugio más hacia el interior de México, mientras los últimos representantes de un pueblo que en su día había sido rico y próspero se convertían en víctimas de una horda de salvajes sedientos de sangre, que de este modo comenzaron el exterminio de una civilización cuyos restos hoy en día aún suscitan asombro y admiración, pues quizá nunca volvamos a ver nada semejante en esta parte del continente. Hoy Arizona presenta un estado lamentable que indefectiblemente consigue provocar en el espectador un sentimiento de asombro y pesadumbre, pues sus mudos guardianes atestiguan en silencio la existencia de una civilización centenaria que ni siquiera cuenta con el consuelo de una historia escrita que dé fe de su auge y su declive.

Capítulo II

Desde el momento del abandono de las misiones españolas en Arizona en 1680 no parece que haya existido demasiado interés en inculcar en las mentes de los nativos el deseo de aprender algo más de los misterios de la religión de la cual el anciano padre Kino era un auténtico exponente y fiel predicador incansable.

Parece que el gobierno se dedicó más bien a explotar los inmensos recursos minerales del país que tan magistralmente habían descrito Cortés, Díaz, De Cárdenas, Niza, Gómara, y Juan Mateo Mangi¹⁴, que había acompañado al padre Kino en su expedición en 1670. Aunque puedan diferir en otros aspectos, todos estos escritores coinciden en sus testimonios concernientes a la riqueza mineral casi fabulosa que poseía el país, describiendo valles ricos en piedras preciosas, y montañas que atesoraban en su interior oro, plata y cobre.

El barón Humboldt, el embajador inglés Ward, y más recientemente Wilson, corroboran fielmente estas afirmaciones, y su testimonio es ratificado por los registros de la corona española, que acusan recibo de la cuotas pagadas por masas de plata virgen cuyo peso oscilaba entre nueve y ciento veintiocho kilos.

Si alguna vez el lector siente curiosidad por visitar la antigua Aduana

14. Juan Mateo Mange (1670-1727), capitán aragonés que acompañó al padre Kino en su viaje; llegó a alcalde mayor de la provincia de Sonora. Escribió sus experiencias entre 1693 y 1721 en su *Diario de las exploraciones de Sonora. Luz de tierra incógnita*. (n. de la t.)

de Guaymas, en Sonora, estos testimonios pueden confirmarse consultando las referencias a los registros que allí se encuentran. Entre los legajos que se conservan en ese lugar hay uno especialmente notable que da fe del hecho de que el procurador del rey emprendió acciones legales contra el propietario de la mina de Real del Carmen, un tal don Rodrigo Gandra, con el objeto de recuperar una masa de plata virgen extraída de su mina de mil doscientos setenta kilos de peso que el oficial de justicia reclamaba como propiedad del rey, ya que se trataba de una rareza, y todas las rarezas arrancadas a la tierra, cualquiera que fuese su naturaleza, pertenecían a su Católica Majestad.

Estamos seguros de que el lector coincidirá con nosotros en la consideración de que semejante masa de plata virgen es efectivamente una rareza, pero quizá no más descomunal que la doctrina establecida sobre este caso por el más eminente abogado del rey.

Ésta fue, indiscutiblemente, la mayor masa de plata virgen hallada en el mundo, y parece que su existencia no admite dudas, pues su historia está tan bien documentada que el propio rey dio a la región de donde se había extraído el nombre de *Arizuma*, que en azteca significa “presencia o portador de plata”, del cual deriva el nombre actual del Territorio: Arizona. Humboldt afirma que “Hasta principios del presente siglo, la cantidad de plata extraída de las minas americanas excede a la de oro en una proporción de cuarenta y seis a uno”¹⁵.

Otros escritores más modernos, al comentar la inmensa magnitud del tesoro obtenido de aquellas minas con las rudimentarias herramientas de la época y los limitados métodos que entonces estaban en boga para determinar la pureza del mineral, afirman que se perdía o desperdiciaba la mitad al intentar lograr los resultados obtenidos; un afirmación avalada por la riqueza de los escombros residuales desechados por los mineros, miles de toneladas que aún pueden verse hoy en día cerca de todas las antiguas minas explotadas por los españoles. A pesar de todas estas dificultades, aseguran que hasta principios del presente siglo se habían pagado más de doce millones

15. *Ensayos políticos sobre la Nueva España*, vol. 3 (n. del a.).

de onzas como tributo a España, tributo que se había establecido en reales¹⁶ de a ocho (25,5 gramos de plata, por valor de ocho onzas), una cantidad nada desdeñable si tenemos en cuenta las pérdidas, escorias y hurtos (pues los españoles siguen siendo expertos en estas habilidades incluso en nuestros días) que inevitablemente tenían lugar en el proceso de obtención de la cantidad debida a Su Católica Majestad el Rey. Cuesta trabajo imaginar la magnitud del tesoro que han producido estas minas; y cuando pensamos que el valor del peso de oro, u onza de plata, equivalía en aquellos días a once dólares con sesenta y siete centavos, concluimos que la producción fue sencillamente fabulosa.

Cierto es que estas minas siempre han sido, y aún siguen siendo, las más ricas del orbe conocido; sólo carecen de un detalle que las haría aún más valiosas: la protección del minero. ¿Se preguntan por qué, si todas estas aseveraciones son ciertas, el Territorio de Arizona es tan poco conocido? ¿O por qué de momento su riqueza mineral está tan poco desarrollada para lo que es la época actual? Permítanme que se lo explique. La mayoría de las minas están situadas en el norte y el oeste del Arizona, en pleno territorio apache: una tierra habitada por el más cruel y sanguinario de los pueblos indígenas que habitan el continente americano, y que aún hoy son portadores de los mismos rasgos distintivos que los caracterizaban en tiempos del valiente padre Kino, hace ya más de dos siglos.

Dejemos de momento el asunto de las minas, sin embargo, que será tratado en otros capítulos, al igual que el de las tribus apaches; y ahora pediré al lector que eche conmigo un vistazo a la localización geográfica de Arizona en el mapa.

Inmediatamente apreciamos su completo aislamiento del resto de las posesiones civilizadas del “Tío Sam”. Sin puerto de entrada, ni comunicación con el golfo de California; separado del estado de California por un desierto que sólo un hombre de espíritu férreo se atrevería a cruzar, en cuyo caso deberá ir acompañado de una numerosa comitiva y bien provisto de víveres y munición; rodeado de cordilleras de montañas casi inexpugnables; a una distancia de mil doscientas millas

16. 12,5 céntimos de dólar. (n. del a.).

Samuel W. Cozzens

de Lavaca, el puerto de mar más cercano (situado en Texas), seiscientas de ellas atravesando un terreno casi desprovisto de agua y habitado por una raza de indios que ocupan el segundo lugar después de los apaches en ferocidad y crueldad.

¿Nos debe extrañar entonces que Arizona, por rico que sea en riqueza mineral, con sus fértiles valles sin cultivar, con sus tierras altas desprovistas de rebaños y manadas, con las casas de sus colonos atacadas y saqueadas por bandas de merodeadores salvajes, no logre hacerse atractivo por su belleza natural, pues termina destruyendo a aquél que acoge? ¿O que sus minas sean menos conocidas que las de Washoe, Idaho, Nevada o Colorado?

Recordemos también que Arizona nunca llegó a alcanzar una población de más de dos mil estadounidenses, y que éstos eran de la peor calaña de jugadores, renegados y asesinos que se dieron cita procedente de todos los confines del orbe, muchos de ellos buscando un hogar donde establecerse en Arizona sólo cuando les enviaban allí los Comités de Vigilancia de Texas y California, para encontrarse con un territorio donde no se conocía la ley, y donde la justicia era aceptada siempre y cuando favoreciese los intereses particulares del bando que la administraba, el cual, parapetado bajo un halo sagrado, asumía el derecho de satisfacer sus peores vicios, rindiendo cuentas sólo ante los más fuertes o los más diestros en el manejo del cuchillo de doble filo o de la pistola.

¿Responde esta información, al menos en parte, a las preguntas del lector? Confiamos en que así sea, aunque debemos advertir que no hemos contado ni la mitad.

Si el lector quiere acompañarnos en nuestros viajes por el territorio, visitar las ruinas de sus vastos asentamientos y ciudades fundados siglos atrás, descender con nosotros a las profundidades de sus minas, admirar su maravilloso paisaje, asomarse al borde de sus enormes cañones, contemplar sus majestuosos ríos, disfrutar de la tranquilidad de una acampada en sus hermosos valles, o compartir el riesgo de un enfrentamiento contra los apaches, no tardará en convencerse de que Arizona es la tierra más seductora de esta maravillosa nación: América.